

A poca distancia del cuartel turco hay una capilla levantada sobre el lugar de la *Flagelacion*. Se penetra primero á un patio por una puerta de tal manera baja, que es preciso encorvarse para pasar por ella. En lo alto de las cuatro paredes del patio hay escritos versículos del Evangelio. «Entonces Pilatos tomó á Jesus y lo hizo azotar, etc.» De allí se entra en la iglesia que es pequeña, pero bella. Un franciscano la guarda y ora allí constantemente. Debajo del altar hay una estrella de plata que señala el lugar que ocupaba Jesus cuando lo azotaron.

Al verlo, caí de rodillas, me tendí por tierra y lo besé repetidas veces. Me abandoné enteramente á las expansiones de mi sentimiento cristiano. Mi corazon se conmovia al evocar los recuerdos de aquella historia augusta.

Cuentan los franciscanos que en el siglo XVII esta iglesia fué tomada por el hijo del *pashá* de Jerusalem, quien puso en ella el establo de sus caballos. Al dia siguiente, todos fueron encontrados muertos. Puso allí otros, y murieron asimismo. Espantado entonces, convocó á los sabios del Islamismo para consultarles el caso. Dijéronle los sabios que aquel lugar era muy venerado por los cristianos, á consecuencia de haber sido allí azotado su gran profeta Issa (Jesus.) El hijo del *pashá* cesó por consiguiente de poner allí sus caballos, y dejó el templo abandonado. *Y si, lector, dijeres ser comento, etc.* Ibrahim Pashá lo restituyó á los franciscanos en 1838.

Hácia un costado del cuartel se mira un arco tapado en el lienzo de la muralla. Allí estaba la escalera del Pretorio por donde Jesus subió á la presencia de Pilatos. La escalera ha sido trasportada á Roma desde hace mucho tiempo, y se encuentra cerca de San Juan de Letrán. Durante mi permanencia en la capital del mundo cristiano, pocos dias antes de emprender mi viaje á Oriente, tuve ocasion de visitar varias veces la santa Escala. Los escalones son numerosos, anchos y largos, y aunque de mármol, se encuentran actualmente revestidos de una capa de madera para proveer á su conservacion.

Se acostumbra subir de rodillas por la santa Escala, y es á la verdad empresa árdua, pues no se consigue llegar al fin, sin gran cansancio y fatiga. Subíla yo como es uso entre cristianos, y no consideré que la subia con bastante respeto aun de aquella manera. Por allí ascendió Jesus al tribunal injusto que lo condenó á muerte, y donde el Salvador del mundo puso la planta en su marcha redentora, no podría el mortal caminar dignamente ni sobre las niñas de los ojos.

## § II

### EL CALVARIO Y EL SANTO-SEPULCRO.

La tarde no habia aún declinado cuando acabamos de recorrer la Via-Dolorosa. Así, que determinamos dar punto á la excursion de aquel dia, en la iglesia del Santo-Sepulcro.

Jusuf nos condujo por un dédalo de calles retorcidas á una plaza pequeña, en cuyo fondo se levantaba la mole imponente de un templo, del templo mas venerado del mundo de la civilizacion. Erigido por la emperatriz Santa Elena, madre del Gran Constantino, conserva grandes restos de la construccion primitiva, especialmente en su parte externa, á pesar de las numerosas restauraciones que se le han hecho, ya en la época de las Cruzadas, ya en tiempos posteriores. Dos puertas ojivales de hermosa arquitectura servianle antiguamente de entrada; en la actualidad una de ellas está incomunicada, ignoro por qué motivo. Una sola torre de mediana altura, abandonada y derruida, se eleva hácia uno de sus costados. El antiquísimo monumento de piedra, severo, majestuoso, ennegrecido por la lluvia y los siglos, produce solemne impresion en el ánimo, y prepáralo á recibir con recogimiento, nuevas y mas profundas impresiones. La imaginacion del creyente por otra parte, reviste aquel santo templo de mas grandiosas formas, de tintas mas severas; y la reali-

dad así sublimada, trasfigurada, divinizada por decirlo de una vez, repercute en indecibles emociones sobre el corazón, punto de donde parten y adonde convergen en misteriosa condensación todas las mágicas fuerzas, los más prodigiosos efectos de los objetos exteriores.

La arquitectura del edificio por otra parte, mezcla de bizantino y gótico, trae á la memoria palpitanes vivos recuerdos del naciente Bajo-Imperio y las Cruzadas, dos épocas eternamente memorables de la historia, que representan el triunfo del cristianismo en el órbe romano, y el triunfo del cristianismo en el orbe musulmán; aquel monumento de granito parece resplandecer con las luces de los siglos IV y X; es el gigantesco símbolo de dos glorias.

La diminuta plaza que hace frente á la iglesia, por todas partes cerrada, sin más salida que dos estrechas tortuosas callejas que parten por el lado del Mediodía, al norte y al sur, estaba en el momento de nuestra llegada, literalmente ocupada por multitud de vendedores de rosarios, medallas y objetos labrados en concha. Al atravesar nosotros por el medio de aquel ambulante bazar, agolpóse la muchedumbre en torno nuestro, invitándonos en coro y con destemplado acento á que hiciésemos una compra á razón de cada vendedor. Los ofrecimientos se hacían en italiano, francés é inglés, por si alguno de nosotros tuviese por idioma cualquiera de estas lenguas; y éramos entretanto víctimas de fuertes sacudidas, violentos empujones y atornador estrépito desacordado. Jusuf con grande urbanidad y admirable reposo, expuso á aquel impaciente auditorio, que no podíamos detenernos en ese momento, pues la tarde concluía, la iglesia iba á ser cerrada, y teníamos grande empeño en visitarla antes que esto sucediese; su última palabra fué la de hacer formal promesa de que al siguiente día pasaríamos á visitar todos los talleres de la ciudad con objeto de ver reposadamente los artículos que hoy se nos mostraban, y otros más, y poder hacer compras por mayor, como lo intentábamos. Esta lógica no tuvo respuesta, los grupos se abrieron y quedónos el paso franco para dirigirnos al templo.

Trasparamos en seguida sus umbrales venerados. Lo primero que se presentó á nuestros ojos, fué la figura de dos turcos guardianes, que sentados sobre un banco de piedra á la izquierda de la entrada, fumaban sus largas pipas con negligencia, las chinelas abandonadas por el suelo, y arrojando miradas distraídas á las pesadas espirales de humo que se elevaban girando por los aires.

Es sumamente desagradable la impresión que causa la presencia de aquellos turcos. La servidumbre que pesa sobre este lugar se ve luego de bulto y ofende la dignidad del cristiano, del creyente, del adorador de estos sitios sagrados. Se piensa además, que los turcos son irreverentes por mofa y desprecio, y que adrede se reclinan de descuidada manera, y fuman sus pipas, con el objeto de causar agravio á los que profesan la religión cuyos principales hechos en aquel recinto se cumplieron. Pero en realidad no es así, pues los mahometanos se conducen de la misma manera en sus mezquitas. Dentro de ellas, sobre las esteras se recuestan, y *derwishes*, *imanes* y pueblo, todo el mundo fuma.

Frente á la puerta de entrada se encuentra la *Piedra* llamada de *la unción*. Es rectangular y de color rojo. Elévase del suelo en forma de tumba, y en cada uno de sus ángulos arden cuatro fanales constantemente.

Aquí fué donde José de Arimatea y Nicodemo pusieron el cuerpo de Jesús para embalsamarlo, después que lo hubieron bajado de la cruz.

Hacia un lado, á poca distancia, se encuentra el lugar donde estuvieron *las santas mujeres* mientras duró el acto del embalsamamiento.

Dando vuelta á un recodo del edificio, me encontré en una vasta rotonda llena de luces, coronada por altísima cúpula. En medio de ella levántase un hermoso templete cubierto de mármol, á cuya entrada arden lámparas y cirios enormes. Es el Santo-Sepulcro. Desfigurado exteriormente por la piedad de Santa Elena, ha recibido más tarde diversas modificaciones; aunque se ha tenido cuidado de

conservar bajo el revestimiento de mármol, la antigua roca del Sepulcro. Su forma primitiva era cuadrangular, y figuraba hácia arriba monolita pirámide.

Poseido de grandes indecibles emociones, trasasé los umbrales del templete. Multitud de armenios se agrupaba á la entrada. Estos cristianos tienen la costumbre de descalzarse antes de penetrar en el Santo-Sepulcro, como lo hacen los mahometanos á la entrada de sus mezquitas; costumbre que á primera vista sorprende, pero que tiene, por poco que se considere, explicacion fácil, de acuerdo con la tradicion y la historia. Guardaba Moisés los rebaños de Jetró su suegro, en la tierra de Madian, y un dia que se acercó al monte de Dios, Horeb, vió zarza singular que ardia sin consumirse. Aterrado Moisés se disponia á alejarse de aquel sitio, cuando escuchó la voz del Señor, que le decia: «Moisés, Moisés,» y él contestó: «aquí estoy.» Y el Señor prosiguió: «No te acerques; desata el cordón de tu calzado, porque la tierra que pisas santa es.»

Los armenios, además, tienen gran exterior de devocion; hacen multitud de reverencias en el templo; menudean las genuflexiones; se persignan sin cesar; golpéanse fuertemente el pecho y oran con tal fervor, que conmueve mirarlos.

Al salir del templete jamás vuelven la espalda al Santo Sepulcro; marchan hácia atrás con el mayor respeto, dando suspiros y sollozando estrepitosamente. Por mi parte, aunque me sentia conmovido, envidiaba aquel fervor armenio, pues hallaba mi devocion demasiado tibia en presencia de devocion tan ferviente.

Entré en la pequeña capilla llamada del Angel. Aquí fué donde *las santas mujeres* encontraron al ángel sentado sobre la piedra que cerraba la entrada del Sepulcro despues de la Resurreccion. En medio de esta capilla se encuentra sobre pequeño pedestal un pedazo de la piedra que cerró la entrada del Sepulcro. Beséla yo con el mayor respeto. Sobre ella se posó la mano de Dios, cuando la apartó de su sitio, para dejar libre salida al Crucificado triunfante.

En esta antecámara es donde tiene lugar año por año *la fiesta del fuego*, de los griegos cismáticos. Pasada la Semana Santa, cuentan los padres griegos á sus fieles, que Dios enciende en el sepulcro de su Hijo, el primer domingo de Pascua, el *fuego sagrado*. Atraída por este prodigio, viene de Rusia, de Grecia y de Turquía multitud innumerable de peregrinos. Muchos de ellos emprenden el viaje á la buena ventura, desprovistos de recursos; de donde resulta que sufren penas crueles, y suelen morir de hambre ó de fatiga en el camino.

Esta peregrinacion griega es abundante fuente de riqueza para los habitantes de Jerusalem, pues la poblacion extranjera que se despeña sobre la ciudad, consume mucho y pone en circulacion considerables sumas de dinero.

Llegado el solemne dia de Resurreccion, el obispo griego, vestido de rojo y con la tiara en la cabeza, se encierra solo en el templete del Santo-Sepulcro. La multitud griega llena totalmente la rotonda y se derrama por los lugares vecinos. Grande agitacion reina en la muchedumbre. Cada uno de los circunstantes va apercebido de un pequeño cirio, que oprime convulsivamente en su mano. Soldados turcos, con el fusil al hombro, se encuentran escalonados aquí y allá en el interior de la iglesia. Cañones cargados con metralla hay por fuera del templo, avocados contra la puerta de entrada. Los artilleros, de pié junto á ellos, aguardan con la mecha encendida.

Llega el momento solemne. Despues de oraciones, silencio y misterio, solemne voz que sale del templete, anuncia á la multitud que el fuego sagrado se ha encendido. El gentío prorrumpe en exclamaciones de alegría, y se agita como mar tempestuosa. En las paredes laterales de la capilla del Angel, hay dos agujeros ovals revestidos de mármol. Los griegos, que por un firman obtenido del sultán de Constantinopla, repararon últimamente el templete, hicieronlos á su placer, destinándolos á la ceremonia del fuego.

Llegado pues, el instante, el obispo griego, sin darse á ver, saca por estos agujeros, fuera del templete, gran volúmen de fuego

que ofrece á la vista de los circunstantes. Precipítanse estos furiosos agitando los cirios, y pugnando por encenderlos los unos antes que los otros. En aquel momento hay espantoso tumulto. Los que se encuentran á la espalda hacen esfuerzos sobrehumanos por ponerse en primera fila; los que están en primera fila luchan por contener á los que avanzan. En tanto el fuego está próximo á extinguirse. Aquellos que no han logrado encender sus cirios, sienten angustias mortales; porque participar de esta lumbre celeste, es para ellos indicio cierto de que ganarán el cielo.

¿Qué combate podrá concebirse mas encarnizado que aquel en que se juzga se disputan las palmas eternas? El gentío se empuja, se estrecha, se codea, se sofoca; y gritos, maldiciones y aullidos se escuchan por do quier, como si hubiera llegado el último juicio.

Extinguido el *fuego sagrado*, no por esto concluye la lucha. Los que no han podido encender sus cirios, poseidos de cólera contra los que mas dichosos que ellos lograron encenderlos, propónense matar las luces; defiéndenlas denodadamente sus dueños, y ataque y defensa con igual ardor sostenidos, degeneran bien pronto en universal tumulto y terrible batalla. La multitud enfurecida aparece como por encanto armada de bastones y puñales, menudean los golpes, crece el ruido y corre la sangre por el marmóreo sagrado pavimento.

Ciega la muchedumbre, enloquecida, rompe las lámparas, todo lo destruye, y arremete contra el mismo Sepulcro. Entonces los turcos llegan repartiendo mandobles á diestro y siniestro, con sus largos fusiles. Por un momento la confusion toca á su colmo; la muchedumbre se oprime, trata de huir y se embaraza el paso á sí misma. No hay uno solo de los circunstantes que salga ileso. Poco á poco, la tranquilidad se restablece, despues que los turcos han dejado á todos heridos y maltratados. Los principales motores del desórden son llevados á la cárcel, y los heridos conducidos al sucio tenebroso hospital, donde quedan confundidos, amontonados, sin que nadie vuelva á curarse de ellos.

Bárbaro es el manejo de los turcos, pero atendiendo á que los griegos se exterminarian á no intervenir la brutal soldadesca, puede decirse que los turcos son bárbaramente piadosos.

Nada se concibe mas criminal y horriblemente escandaloso, que estas escenas de profanacion y sangre, en los imponentes místicos sitios por el Espíritu de verdad, vida y amor santificados. No contentos los hombres con disputarse los campos del mundo por odio, orgullo ó ambicion, llegan aqui con su eterna turbulencia, y lanzándose los unos contra los otros, como si no fueran hermanos, como si no creyeran en el Cristo, sueltan la rienda á sus pasiones y en las aras mismas del lugar augusto, se hieren y procuran su exterminio.

Da tristeza mirar cuán dividida anda la Iglesia de Dios! El cristianismo de Occidente lleva en su seno la anarquía del protestantismo; el fraccionamiento del cristianismo de Oriente es todavía mas lamentable. Armenios, coftos, abisinios y griegos, divididos y subdivididos hasta el infinito, se dan pomposamente el nombre de cristianos. Y todos estos disidentes del primado de Roma, vencidos por el monstruo de la soberbia, se hostilizan mutuamente, y dejan de formar esa unidad compacta que deberia ser la consecuencia de la religion de fraternidad y amor de que se dicen miembros. Parece que una maldicion divina pesa sobre la humanidad culpable. Diríase que en castigo de los delitos cometidos, están los espíritus condenados á vagar errantes, sin encontrar el centro comun que habria de hacer del mundo moral el mas perfecto conjunto de armonía y de órden. De esta manera, la realizacion del bello ensueño de la unidad de la gran familia humana, queda aplazado indefinidamente en el brumoso porvenir; y sobre la tierra convertida en inmenso campo de Shinar, se agita la humanidad levantando nueva Babel de su soberbia: y sus miembros, hostiles entre sí, tornan á hablar confusas lenguas no entendidas, que sus antiguas alianzas rompen, y en innúmeras tristísimas fracciones los dividen.

Jerusalen al mismo tiempo, está de Dios que no vea nunca reinar